

Oscar Fabres V.

## Sugerencias a las obras de Keyserling

**«El sentido de la época», «La Revolución Mundial» y «La responsabilidad del espíritu»**

En artículos anteriores hemos planteado la cuestión de si el neolatino tiene un conocimiento de sí mismo. ¿Yo, sud americano, soy idéntico a mi antepasado europeo? Pero aunque fuera mi yo el de mi abuelo no es el mismo, porque sobre mi conciencia pesan años más de cultura y de experiencia. Yo vivo en 1935 y mis antepasados góticos en 1492.

Mi tierra, mi raza nacen a la cultura y a la vida propia desde este año. Los descendientes de mis padres de 1492, del viejo mundo, es evidente que siguieron otra ruta diferente a los de la nueva raza de América Austral; luego nosotros los neolatinos somos distintos de los hombres de Europa. El más lego y sin más preámbulo se da cuenta de ello al ver pensar a ambos hombres.

Sin embargo, sabemos que somos distintos de otra gente, pero esto de ninguna manera quiere decir que nos conocemos a sí mismo, porque no nos comprendemos en cuanto a individualidad que lleva vida propia, en cuanto a unicidad que

existe. Por lo tanto no sabemos para qué vivimos, cuál es nuestra ruta, a qué playa se tiene que llegar pese a todas las eventualidades, como es el convencimiento del hombre que sabe para qué existe, que posee el porqué de su vida.

Muchos creen explicarnos por nuestras exterioridades, por nuestra materia, llegando a la afirmación de la identidad del alma europea y americana. Esto es falso, profundamente erróneo, porque la materia no explica al espíritu. Lo vemos de un modo evidente, pues nuestra civilización es la misma que la europea; sin embargo, nosotros somos tristes y la gente del viejo mundo no lo es.

Así de este último modo piensa Keyserling y alza su voz a la juventud diciéndole: «Para comprender esto diré algo muy importante, especialmente para la juventud, porque ello le ayudará a encontrar su propio camino en la vida...», después de haber agregado, que la mayoría de la «gente de nuestro pueblo cree en la existencia de en-

tidades, tales como la política, la economía, la filosofía, la ciencia y en otras bellas cosas abstractas, como en entidades históricas vivientes. No existe política, ni economía, ni filosofía, ni ciencias como actuación o fuerza en el mundo. Sólo existen hombres vivos con un ajustamiento determinado y particular en el conjunto cósmico que le permite abordar por partes especiales la totalidad de las cosas».

Nuestra cultura libresca es la misma de Europa. Pero nuestra interioridad es distinta. La primera no explica a esta última. Es necesario vivir de nuestro propio ser y humanidad, si deseamos vida y hombres en esta tierra.

Ojalá se dieran bien cuenta de esto nuestros camaradas universitarios, carentes de vitalidad y sentido interno y enquistados en una librería empalagosa, insípida, pedante, y peor que nada unilateral y materialista, cuando: «Ese materialismo y ese positivismo son otras tantas tonterías porque con ellos no se explica ninguna cuestión interior del sentido de la vida. Para querer explicar algo no sirve para nada lo exterior. Se pueden aprender los métodos generales, la historia y muchas otras cosas, que son como la moneda divisionaria de la vida; pero, el éxito importante precisa siempre condiciones especiales y puede decirse que una política es grande, a pesar de todo lo aprendido y un economista es grande a pesar de todo lo que sabe, así en todo. Porque se trata de fuerzas reales, de conocimientos y actuación, que viven en el hombre y no pueden enseñarse ni aprenderse «se trata, pues, de cualidades innatas que no se aprenden. Pueden sí desarrollarse, pero lo esencial que hizo siempre grandioso al hombre fué algo concreto o personal.

«Cuando abordamos toda la historia humana vemos que la verdadera influencia la han ejercido tipos aislados y nunca esas abstracciones de que trata la ciencia». De modo que si queremos explicarnos debemos conocernos a nosotros mismos, nuestro propio espíritu, nuestra propia humanidad, buscar nuestro vitalismo y darle un sentido original.

Han pasado años y siglos y hemos seguido por rutas ajenas al calor de nuestra historia, enderezarla y darle un ritmo propio al son de una melodía, es lo grande y lo sublime que la juventud debe crear, so pena de ser ella misma la que abra la fosa de su propia tumba.

Para esto es necesario que cambie de espíritu y se desligue completamente de su falsa personalidad. Es necesario que ya no crea en las ciencias como entidades abstractas, sino que en él mismo; como ser radiante de vida, que se dé cuenta que para la creación es más indispensable él como hombre vital, creador, que la ciencia como fórmula enquistada en su ser, muerta, inerte y sin sentido. Debe tener firme, muy firme, la idea que él como joven, como ser pleno de actividad, y no el viejo, es el predestinado para la creación. Por lo tanto, el sentido de nuestra época es buscar ese vitalismo interior, dinamizador de creaciones en lo profundo de nuestro pueblo, de allí debe manar nuestra historia y el camino de nuestro porvenir. El día en que se encuentre, empezará la historia y la vida de un pueblo, porque un pueblo que no tiene conciencia de sí mismo, que camina al garete, y es juego de bajas pasiones imperialistas, no es pueblo, porque no tiene alma, no tiene cerebro «sentido» que le guíe a un destino fijado y consciente.

Mi chaleco podrá ser motivo de costumbre de una época, pero en modo alguno explica la esencia de mi ser, porque no he sido su creador. Sólo podrá producirme sensaciones de confort; pero en modo alguno podrá modificar substancialmente mi alma. Mi alma es única y ella se ríe de la materia, y ama la libertad de su propia estructura. Sin embargo, la mecánica marxista así lo afirma, y mediante el cambio material cree que podrá forjar un pueblo libre y nuevo. De las piedras quiere forjar un gran país.

Su simplismo, no alcanza a comprender que sólo logrará transformaciones formales, fenomenales y no profundas, de meollo, debido a que lo espiritual es la esencia de la vida, y lo material lo exterior. Y he aquí lo paradójico, grupos que en nuestra realidad han nacido con etiqueta espiritualista, obran, actúan al unísono con esas otras fuerzas, debido a que su velocidad inicial ha sido idéntica: fórmulas extranjeras, materia aplicada a nuestro espíritu con el fin de crear un pueblo nuevo. Ninguna imitación podrá ser creación, dinamismo, sino que estatismo, fijación a un cuadro, que no calza con el espíritu joven y libre que quiere desarrollarse al calor de su propio destino. Quieren vida nueva, pero su impotencia y esterilidad no los lleva a forjarla, y mal podrían hacerlo, porque el que imita lo hace debido a su vaciedad de espíritu.

Para crear se requiere vitalismo, ensueños y dolores, afirmación de sí mismo, superar el medio, y convertirse en artífice y en un enamorado consciente de su propia creación. Estos grupos son simplistas y acomodaticios, piensan que se pueden importar ideas, como toros reproductores, con el fin de mejorar la raza. Y he aquí, la conti-

nuación de su contradicción íntima, se dicen nacionalistas, cuando en el fondo llevan la afirmación del concepto falso de humanidad, que tanto ellos atacan, porque creen que las fórmulas que otro individuo encontró para la solución de sus males, sirven para las suyas propias, significa afirmar una humanidad homogénea, y negar rotundamente la particularidad de los pueblos. Negar su propio ideal nacionalista. Eso no significa que los conceptos internacionalismo y nacionalismo se repelen, por el contrario, la afirmación de este último implica reconocimiento de personalidades, ecuanimidad, amor en vista de los altos ideales de humanidad. El no reconocimiento de un individuo implica además esclavitud, y por ende negación de los derechos de los pueblos y de la fraternidad verdadera, en su único sentido y afirmación. Como también negar la perfección de la humanidad, debido a que, si no se desarrollan las diferentes individualidades que la componen, mal entonces puede lograrse una totalidad bella y perfecta. Y quizás tenga razón el gran filósofo francés contemporáneo Henry Bergson, al afirmar que el concepto de humanidad no es más que producto de sentimientos desviados e intelectualizados.

Estos individuos que analizamos son gentes amigas de las fórmulas, que no alcanzan a percibir que ellas son las resultantes del meollo de un individuo social de una gran dinámica y de un gran espíritu de creación. Es evidente que se requieren hechos materiales producidos por el viejo mundo, pero no los deseamos en las condiciones actuales, en que han ahogado nuestra personalidad y han cloroformizado nuestro espíritu dormi-

do, sino que como instrumentos de actividad de nuestra alma que trata de alcanzar un fin, y no la superación de esos instrumentos sobre nuestro ser, maniobrados por otro espíritu con otro sentido y otra meta. De modo que nuestro ser en este caso hace el papel de accidente, de otro más grande que trata de alcanzar la inmortalidad. El nuevo sentido de nuestra época, debe ser la afirmación rotunda de su persona y la negación de todo lo mediocre que significa apéndice de otros mundos. Así, pues el verdadero tema de nuestro tiempo es evidentemente restaurar el espíritu con instrumentos que pueden ser materiales; pero lo principal es el reino del espíritu nacional en vista del fin último: el ideal panamericano.

Pensemos ahora que la última instancia de nuestra vida no debe ser el objeto sino el sujeto; éste vitaliza los fenómenos exteriores. «La vida es un perpetuo proceso de vitalización. Desde el momento en que este proceso desaparece, lo que era vivo termina; su término acarrea la muerte, lo mismo que la cesación de los latidos del corazón producen la muerte física». Nacimos, empezamos la carrera de la vida y fuimos asimilados a otros mundos, quedamos así en la obscuridad de la negación y del ausentismo, por lo cual es necesario para que volvamos a la existencia, encontrar la nota que rime y haga florecer el canto de una melodía inmortal. Esta melodía está en nuestro pueblo, forjémosla y así nos sonreirá el camino de lo eterno. El encuentro de este camino, de nuestra propia meta, nos dará el sentido de nuestra vida, y la melodía aumentará a medida que el sentido de la vida predomine en nosotros como fuerza vital. La vida no sirve para nada sin un

sentido. «La Edad Media duró siglos, porque su sentido caminaba hacia el infinito». La mentalidad burguesa se disgrega, se pudre como las cosas materiales que no resisten al vendaval. Su alma es el dinero y su fin el materialismo, de allí que sus ojos estén condenados a no penetrar en la luz radiante de la eternidad. Nadie que no cree en el sentido de la vida puede soportarla. La parte franca de nuestras generaciones de 1920 (que en total no tuvo sentido) así lo comprendió y después de tantos afanes y dolores quedó con los gajos abiertos en lo inconmensurable de una noche infinita, porque su ruta fué extrañada, su alma no era su alma, sino ánfora de un intelectualismo sin sentido de existencia. ¿Para qué vivir? Vivir muriendo en un medio brutal, injusto, sin una luz que lo guíe hacia algo, que tiña un rasgo en la tierra. Entre vivir muriendo, prefirió la muerte, porque siquiera tenía algo de honradez consigo mismo y honor. Detestemos la vaciedad, vértigo de la nada que nos llevará al suicidio, y construyamos nuestro propio destino.

Las últimas revueltas, los dolores insoportables de nuestro pueblo, sin miras de acabarse, indican que nuestra vida moderna carece de sentido y «en tales circunstancias, una verdadera manía de autodestrucción se despierta. Cada momento de la vida tiene un doble aspecto: constructor y destructor, porque como la vida progresa sólo gracias a la muerte del ayer, siempre es posible poner el acento de importancia en la muerte y no en la vida. Cada momento puede explicarse como una carrera hacia la muerte o hacia la vida, y entonces cuando no hay sentido, predomina el deseo de la muerte (generación de 1920). El sentido es pues, la úl-

tima realidad de la vida misma. No sólo en el dominio espiritual sino hasta en el biológico».

De modo pues que la tarea de nuestra juventud es buscar el sentido de su propia vida y en su primer instante el conocimiento del espíritu común nacional, para crear un nuevo cosmos, para construir un nuevo mundo, más justo, más bello, más ecuánime que el que les ha tocado por desgracia vivir. Todas las generaciones tienen que desempeñar un papel en la vida. Las generaciones pasadas han realizado un mundo ajeno a su sentido, han vivido en el régimen liberal democrático, expresión del alma europea del siglo pasado. A la generación actual le toca realizar la expresión del régimen que le indique su propio espíritu. En fin, comenzar la historia de una nación, plasmar un pueblo, obra imperecedera que atraviesa los abismos de la eternidad. ¡Juventud actual, la predestinada, la única por antonomasia debe sentirse orgullosa y ver que los ojos de las generaciones precedentes y venideras, los mirarán con envidia y admiración! Pero por infelicidad de muchos «no todos los llamados son todos los escogidos», es una élite, es un grupo selecto que tiene la comprensión, la visión clara de su papel en la vida actual, son aquellos que se hallan ahitos de oír gritos destemplados que no sirven para nada, que están profundamente convencidos que su alma no tiene cultura, su modo de ser propio. Es el rebelde que rasga las telarañas de la inferioridad y clava su mirada en el infinito del firmamento de su propio yo, es un rebelde que desprecia todo aquel panorama caricaturesco que tenía de la vida, y que era falso, profundamente falso, debido a que no era su propio panorama, sino símil

grotesco de una realidad falseada tendenciosamente por intereses ambiciosos en procurarla. Es el capullo de la flor que se abre al amanecer hambriento de aire y de luz. Es la juventud que quiere vivir con sus propios ojos, con sus propios dolores, alegrías y sentimientos su existencia.

El emperador y sabio Marco Aurelio ha escrito «Mirad al mundo, de una manera nueva, y eso mismo significará encaminarse hacia una vida nueva». El gran filósofo francés Maine de Biran, también así lo cree y más que nada un grupo selecto de la juventud nacional lo afirma rotundamente.

Antes de Cristo la vida era distinta, nunca se pensó que el pecado pudiera encaminar al hombre hacia dios y cuando un hombre expresa su naturaleza con toda sinceridad, mal en este caso, y se arrepiente de ella «cambia de alma». Un hombre se diferencia de otro no tanto por sus características antropológicas, sino porque piensa, siente de un modo distinto. La generación que trae la nueva savia al mundo, se diferencia de las pasadas, porque su concepción del cosmos y de la vida es infinitamente opuesta, porque un abismo las separa: la muerte del hombre que fué enterrado y del ser que extiende su vuelo hacia la vida. El moribundo tiene miedo a la muerte, al joven se le pasa desapercibido. Pero en nuestra época podrida decadente, materialista, todos se desesperan por la existencia, con un terror macabro a lo infinito. El hombre que se eleva al plano de lo infinito es inmortal, supera todas las miserias de la vida, su yo y el infinito es la misma cosa; vive para el infinito, esta es su vida. No vive de lo inmediato, su fin, su ideal, está mucho más allá del trajeteo co-

mún del vivir, de la materia; mientras que la mentalidad actual se asusta, como el barquero caletero de la inmensidad del mar. Como vive del momento quiere que este sea lo más feliz de lo concebible, busca los placeres y arranca de los dolores, es estático, incapaz de franquear el camino del porvenir. Entonces se aferra al régimen imperante; incapaz de crear una vida nueva, remienda un mundo moribundo que se pierde en la nada.

Los dolores de la vida abogan su alma en un presente estrecho, en una totalidad inmediata que se pierde en los arcanos de la muerte.

Su incapacidad de superar el dolor, lo llena de resentimientos, de sinsabores y de llantos. A sus ojos se le apaga la luz, sus labios se transforman en profanadores y su ser en lobo de hombres, en fin todo su personalidad se consume en las nieblas de lo obscuro. La obscuridad no crea nada, porque es senec-

tud y oquedad. La luz mata la miasmas y crea la vida.

Hay que tener luz para crear, y desterrar el resentimiento del dolor, superarlo en vista del amor al hermano. Siglos el proletariado ha sufrido la explotación por un capitalismo filantrópico y mercader de esclavos. Su alma se ha amargado y la inquina ha manchado su espíritu. Su ser ha quedado así aprisionado, pero su destino se ríe de ello, porque con inquina no ha podido construir nada y le es necesario entonces para crear una nueva vida, superar el dolor. Reírse de la amargura, de las lágrimas y avanzar con paso triunfante por sobre todas las mezquindades, en vista de que más allá, en el fondo del camino está la nueva luz, la nueva mentalidad que un grupo nacional ha lanzado a la vida; pensemos en ello y veremos que es el reinado del mañana que se acerca a nuestros ojos, seguro y resplandeciente...